

DISCURSO DE CONTESTACION

por EDUARDO YBARRA HIDALGO

Excmos. Sres. Académicos.
Excmos. e Illmos. Señores.
Señoras y Señores.

Si siempre es un honor para mí llevar la representación de esta Real Academia, ese honor en este acto es mucho más gratificante porque contesto en su nombre al discurso que determina el ingreso como miembro de número de un académico electo. Desde mediados del siglo XVIII en que se funda la Academia por Real Orden del Rey Don Fernando VI se viene repitiendo esta solemne ceremonia que asegura la pervivencia de la Institución, a través de los más variados tiempos y aconteceres, siempre perseverante en el cumplimiento de su estatutaria finalidad de cultivar las buenas letras y contribuir a ilustrar la historia de Sevilla y de la Región Andaluza.

Varias y muy justificativas circunstancias impidieron al Excmo. Sr. D. José Romero Escassi, leer con anterioridad su discurso. Ese retraso me ha proporcionado la satisfacción de tener la oportunidad de mejor conocerlo y entablar más íntima amistad con él. Conocía su hombría de bien como cualidad esencial de su ser, y su constante interés y curiosidad para profundizar en los variados campos a los que la vida lo ha ido llevando. Sabía que era médico, que era pintor y que escribía, pero nunca me podía imaginar a las cotas a que había llegado en esas artes.

Gustavo Adolfo Becquer, como para otros, fue para Romero Escassi el comienzo de su vocación literaria.

En efecto me decía, como el joven sevillano nacido en El Coronil, inoportunamente conoció a Becquer en un mes de Mayo quinceañero, lo que le mereció el único suspenso de sus escolares años. Pero creo

que también fue origen de una de las principales características de la forma de ser de Don José Romero Escassi; el desdoblamiento de su personalidad y de su persona; desde muy temprana edad vacila del camino que debe seguir: si escoger la libertad del artista, que le permitiera conocer sin trabas el mundo, o por el contrario dedicarse a una profesión que le tuviera en clausura laboriosa y contemplativa. Y me decía Romero Escassi que al término de su vida se encontraba insatisfecho por no haber saciado sus curiosidades, ni haber perseverado en la vida profesional. Pero esa desoladora confesión está dictada por otra característica suya: una gran exigencia consigo mismo. En este caso esa exigencia le hace apartarse de la realidad, porque de un lado ha conocido las cinco partes del mundo y de otro ha estado dedicado a la docencia de una forma constante y en ella ha permanecido mientras que por imperio de las leyes pudo hacerlo.

Romero Escassi que comenzó sus estudios de medicina en la Universidad de Granada, pronto pasa a la de Sevilla en la que fue alumno interno en la Cátedra de Patología del Doctor don Pedro Rodrigo Sabalette. Pero sus estudios tenían un sello no muy ortodoxo. Quizás inconscientemente tenía la opinión, de que el paso por la Universidad debía llevar a una formación integral del hombre y no reducirla a mera preparación de conseguir un medio de vida; y así por su propia cuenta compartía los estudios de medicina con su asistencia al laboratorio de arte de la Universidad y a las clases que impartía su fundador Don Francisco Murillo Herrera que ilustró al estudiante de medicina en la Historia del Arte. Y también asistía a la cátedra de Jorge Guillén que a mas de iniciarlo en la literatura contemporánea, le abrió las puertas de su amistad y la de los literatos de la generación intermedia a la suya que pertenecían al grupo Mediodía: Eduardo Lloset, Adriano del Valle, Joaquín Romero, Juan Sierra y Pablo Sebastián que lo estimularon por el camino de las artes.

Guillén también lo lleva a la música. En una casa muy cercana a esta, entonces pensión Don Marcos, vivía un anciano vasco, Timoteo Orbe —al parecer marino jubilado de una naviera sevillana— gran melómano, que los Domingos reunía en su casa al grupo ofreciéndoles un programa musical que luego era comentado. Este Orbe era amigo de Unamuno con el que mantenía una asidua correspondencia. He inquirido noticias de este sujeto, y sólo se corrobora la existencia de esa correspondencia, porque varias de las cartas del filósofo a Orbe han sido publicadas recientemente en un «Epistolario Inédito» de aquel.

En este cenáculo conoce Romero Escassi a Ernesto Halfter que fue su amigo, director entonces de la Orquesta Bética de Cámara.

Como para tantísimos jóvenes de la España de 1936 la contienda civil fue la que marcó el sesgo de la vida de Romero Escassi. En la época de la preguerra conoce en Sevilla a José Caballero, discípulo de Vázquez Díaz pintor que admiraba. Caballero lo alentó a seguir su inclinación por el arte e iniciada la contienda trabaja con Manuel Halcón en la revista «Vertice», meritoria publicación en aquellos difíciles años. Su nombre se da a conocer y es Dionisio Ridruejo quien lo llama a Burgos al recién creado servicio de Prensa y Propaganda, departamento de Artes Plásticas que compartió con José Caballero y Pedro Pruna. Allí y en el Madrid de la postguerra, después de licenciarse en medicina, traba las para él amistades más valiosas y duraderas: el propio Ridruejo, Laín, Rosales, Vivanco, etc. Esta relación con artistas y literatos le llevan por un camino totalmente acorde con el discurso que acabamos de escuchar tantos años después. ¡La poesía que describe una pintura, o la pintura que interpreta la poesía!

Desde entonces ha venido ilustrando los libros de los más importantes escritores de la época: Gerardo Diego, Luis Rosales, Agustín de Foxa, Dulce María Loymaz, Dionisio Ridruejo, Joaquín Romero Murube, Gaspar Gómez de la Serna y posteriormente ediciones de las obras de Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández y Sebastián García Díaz.

Decía José Camon Aznar de Romero Escassi en la presentación que de él hizo a propósito de una exposición en la Academia Breve de Crítica de Arte que presidía Don Eugenio d'Ors: «primor andaluz en el trato, bética elegancia en la reducción de cada ser a su ritmo. Ahora ya no son líneas precisas como cánones las que aquí expone. Junto a otras pinturas admiramos y volvemos a mirar el grave cuadro de su madre. Es uno de los retratos más profundos de la joven pintura. Es un bloque de amor».

Vázquez Díaz, como hemos dicho era su norte en pintura, aunque ya sus miradas admirativas se dirigían a Picasso, al que luego conoció y del que escribió varias semblanzas y una monografía. Picasso lo distinguió con su amistad y he tenido ocasión de ver dedicatorias a Romero Escassi, al que siempre le añade entre paréntesis «Sevillano» consignándose él después de su firma «Malagueño» testimonio del constante españolismo del gran pintor universal. Si es raro encontrarse ahora en Sevilla con alguien que fuera amigo de Picasso, desde lue-

go en la década de los treinta y muchos años después, no era imaginable, no ya una posible amistad, pero casi ni aún conocimiento de su obra.

Esta actitud no era sólo patrimonio de Sevilla sino general en aquella época. Dice Romero Escassi en «Picasso en persona» (Revista Occidente Junio 1974) como «el nombre de Picasso sonaba de maera provocativa, marcado con el signo de la más reprobable heterodoxia artística. Su eco, aunque lejano, encrespaba los ánimos desencadenando de inmediato la tormenta polémica. Rara vez aparecía reproducida alguna obra suya en nuestra prensa, pero cuando esto acontecía, era las más veces para venir comentada con los más violentos improperios. Era poco frecuente oír alguna opinión favorable, aunque los que así se pronunciaban solían ser personas con una autoridad que infundía respeto, pero esto se hacía en revistas y publicaciones de poca difusión».

No satisfecho Romero Escassi, —sigue su característica— siendo ya pintor reconocido y formado, quiso extender sus conocimientos y sus experiencias desarrollando su vocación en el terreno de la escultura, asistiendo a las clases que el escultor Angel Ferrant impartía en la escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid. Son notables sus obras sobre todo en hierro y bronce.

Tanta actividad hizo que fuera becado por la Dirección General de Relaciones Culturales en París, los años 1950 y 1951; pensionado por la Fundación Juan March en Venecia en 1961. Invitado de la Fundación Idemitsu Kosan en Japón 1964.

Ejecuta grandes obras murales en Sevilla, Córdoba, Madrid y París, siendo intensa su labor en estos años debiendo destacar su actuación como Comisario de la Bienal Internacional de París, Comisario de la Sección de Arte del Pabellón Español de la Feria Mundial de Nueva York, de la Exposición de pintura española del siglo XX en Río de Janeiro, etc., etc., y ya en los primeros años de la transición política, Consejero de Cultura Período 1983-1985.

No obstante, su plena dedicación artística no es óbice para que la alterne con el quehacer literario, que le permite publicar una serie de monografías sobre su especialidad, destacando: El dibujo español contemporáneo, El grabado español contemporáneo, El escultor Angel Ferrant, Picasso en persona, y otros.

Ha publicado artículos en revistas españolas y extranjeras y como conferenciante ha tenido actuaciones en las principales ciudades de Bélgica, Francia, Holanda, Inglaterra e Italia.

Es académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando.

Pero entre todos estos cargos, obras y publicaciones he de resaltar, como al cabo de los años, vuelve a su Sevilla, siempre añorada, después de haber obtenido la plaza de catedrático numerario de anatomía artística de la Escuela de Bellas Artes, luego Facultad de Bellas Artes de la Universidad Hispalense, donde impartió sus clases en amtería que tan bien dominaba por sus vastos conocimientos médicos y artísticos.

En 1987, la Academia llama a su seno a este pintor-literato, o literato-pintor lleno de méritos, siguiendo una constante tradición. Baste recordar en el pasado siglo a Joaquín Domínguez Becque, excelente pintor costumbrista, protector de sus sobrinos Gustavo Adolfo y Valeriano, miembro de esta Academia, y en el presente, Alfonso Grosso Sánchez, ilustre pintor y también fino escritor y académico ejemplar.

El discurso con que Don José Romero Escassi accede a la academia pone de manifiesto esa su doble cualidad de pintor y de escritor. Lo titula «El lenguaje visual» y en el podemos distinguir dos partes claramente diferenciadas.

En la primera analiza una poesía de Manuel Machado que a su vez hace referencia a un cuadro de uno de los grandes pintores españoles de todos los tiempos. Lo hace con una galanura digna hija de su vocación literaria que tantas veces tuvo ocasión de compartir con esos maestros de nuestra literatura contemporánea que fueron sus amigos. Bello estudio en el que con el bisturí del crítico disecciona cada terceto para explicar literariamente en certero comentario las ideas que al poeta le sugiere la contemplación del cuadro.

En la segunda parte Romero Escassi con base en esa relación poesía-pintor estudia la tan debatida cuestión de como dar forma a la idea a través del arte plástico, la palabra hablada, o escrita, la poesía...

Hace un completísimo estudio sobre las distintas opiniones sobre cual sería la mejor forma para manifestar nuestros pensamientos, como traducir en arte las impresiones y emociones de los sentidos. Sostiene Romero Escassi que el arte pictórico en sus orígenes está en franca superioridad sobre las demás formas de expresión, pero que luego quedó rezagado. En realidad no existe un acuerdo general. ¿Qué piensan de esto los artistas, los escritores? Al completo estudio de Escassi poco podría yo añadir, si algo pudiera. Por ello como si de una sinfonía se tratara se me ocurre terminar con una coda: «adición brillante al período final de una pieza de música». Me atrevo a esa ex-

presión porque la coda la pone Gustavo Adolfo Bécquer y la completo con la opinión del propio Romero Escassi. A este respecto es de considerar como con mucha frecuencia se ha dado el caso del poeta, del escritor a su vez pintor o dibujante. Ellos ¿que piensan? Becquer y cito a Santiago Montoto «había heredado de su padre no sólo la vocación a la pintura sino también felices aptitudes para su cultivo, al igual que su hermano Valeriano... Algunos apuntes de Gustavo Adolfo se conservan en número e importancia suficiente para poder juzgar de la facilidad y del dominio que tenía del dibujo... Ese amor por la pintura le hizo compenetrarse más que con ningún otro, con su hermano Valeriano. Juntos habían de subir al Calvario de su arte, sin que se sepa quien sostuviese a quien. Gustavo escribía bellísimas glosas para los cuadros de su hermano y Valeriano ilustraba, con la maravilla de sus lápices, las fantasías del escritor. Nunca dejó Gustavo Adolfo de dibujar, a la par que anotaba ideas para sus trabajos literarios, trasladaba a las hojas de su carpeta rápidos dibujos de cuanto hería su sensibilidad de artista».

Pero Becquer al fin y al cabo se considera sobre todo poeta y a la hora de la decisión se inclina por la poesía como la mejor forma de expresar las ideas.

En su rima V nos deja estos versos:

Espíritu sin nombre
Indefinible esencia
Yo vivo con la vida
Sin forma de la idea.

para terminar:

Yo soy el invisible
Anillo que sujeta
El mundo de la forma
al mundo de la idea.

Yo, en fin soy ese espíritu
Desconocida esencia
Perfume misterioso
De que es vaso el poeta.

Pero por muy excelso que fuera su vaso, sólo podría plasmar, impresiones y emociones sensoriales parciales, pero no las contestaciones absolutas. Yo me quedo con la conclusión final de Romero Escassi al expresar que esa contestación en definitiva no la da ni el arte, ni la ciencia, sólo la da Dios.

Sea bien venido el Excmo. Sr. Don José Romero Escassi a ésta Academia donde mucho se espera de su saber y de su experiencia. He dicho.